



EL ADVENTISTA ORIGINAL PIONERO

28 de Junio de 2026

El Autor de los terremotos

(p.3)

Vestimenta de
los niños-
E. G. White (p. 11)

El Juicio antes
de la 2da Venida
(Dan 7)- *J. García*
(p.13)

La Cena
Profanada -
Migdalia C (p.25)





Cuando la tierra tiembla, la mayoría mira al cielo y culpa a Dios.

Pero el propio libro de Job derriba esa teología de emergencia: el verdadero autor de los terremotos es “el destructor”, Satanás, operando sobre los elementos cuando Dios, rechazado, retira su protección especial. Y aquí empieza la controversia: ¿cuánto de lo que hoy llamamos “actos de Dios” es, en realidad, fruto de haber abierto la puerta al enemigo?

Mientras Satanás desata caos, nosotros distraemos a nuestros hijos con moda y descuido. Elena de White fue brutalmente concreta: la vestimenta infantil no es un tema superficial, sino un asunto de salud, carácter y preparación espiritual. Hoy los abrigamos de entretenimiento y los desnudamos de modestia, exponiéndolos al frío moral de una cultura que ya no discierne entre santo y común.

En ese contexto, Daniel 7 es dinamita: el juicio ya está en sesión antes de la segunda venida, y su propósito es decidir quién recibirá el reino. No se trata solo de “saber la verdad profética”, sino de vivir como gente que está siendo examinada ahora. Si creemos que el cuerno pequeño ya actuó, que el reino papal fue herido y se prepara para ser restaurado, seguir jugando a la neutralidad es suicida.

Y luego está nuestra mesa. La Santa Cena, diseñada para derribar orgullo y unir al

cuerpo de Cristo, ha sido trivializada, politizada, convertida en filtro social o en rito rutinario. Cuando excluimos a quien Cristo invita, o participamos sin discernir su sacrificio, profanamos la misma mesa que pretendemos defender. ¿De verdad creemos que podemos enfrentar al destructor mientras banalizamos los emblemas de Aquel que lo venció?

Tal vez el problema no es que el mundo esté temblando, sino que la iglesia prefiere discutir sobre si hace frío en el santuario en lugar de preguntar quién está gobernando su corazón. Adventista: ¿vas a seguir llamando “acto de Dios” a lo que la Biblia atribuye al destructor, vistiendo a tus hijos para la aprobación del mundo, hablando de juicio sin vivir en juicio, y defendiendo una Cena que tú mismo profanas con indiferencia? ¿O ha llegado el momento de encender el debate que más teme el enemigo: cómo volver a tomar en serio lo santo antes de que el próximo terremoto nos encuentre dormidos?

Suyos en Cristo, los Editores

EDITORIA:

www.antorchaprofetica.site

DIRECTOR:

John García.
johngarcia144000@gmail.com
 +34.650.86.38.11

YOUTUBE:

<https://www.youtube.com/@antorchaprofetica>

INSTAGRAM:

<https://www.instagram.com/antorchaprofetica/>

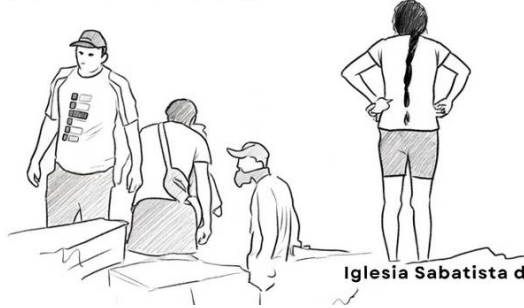
FACEBOOK:

<https://www.facebook.com/LaAntorchaProfetica>



¿Quién es el Destructor?

El dios de este siglo



El tema que se desarrolla a continuación fue motivado por los recientes acontecimientos en Venezuela y por la angustia y las muchas preguntas que han surgido a raíz de ellos. A la luz de la Escritura buscaremos responder esta pregunta, comprender lo que Dios ha revelado acerca de los eventos que están sacudiendo al mundo y encontrar el consuelo que nos da la Palabra del Señor para poder también llevarlo a otros.

El libro de Job y la identidad del destructor

El texto bíblico de base es el libro de Job, historia de un patriarca que vivió en la época patriarcal, antes de Moisés. Según el versículo 1 del capítulo 1, Job era un varón justo y perfecto, apartado del mal; tenía siete hijos y tres hijas. Dios lo había bendecido grandemente por su fidelidad y por su fe que obra: tenía prosperidad en sus hijos, en sus animales y en sus siembras; dice el versículo 3 que era más grande que todos los orientales. Oraba continuamente a Dios y ofrecía sacrificios por sus hijos.

Sin embargo, Satanás fue a la reunión de los hijos de Dios —en usurpación del cargo de Adán— y presentó allí su acusación. A la postre, Dios le permitió traer calamidades sobre Job. El versículo 12 lo registra: «Jehová dijo a Satanás: He aquí, todo lo que tiene está en tu mano; solamente no pongas tu mano sobre él. Y salió Satanás de delante de Jehová.»

A partir de este permiso divino ya se tiene respuesta a la pregunta central: ¿Quién es el destructor? Satanás. Él es el destructor, no Dios.

Los versículos siguientes narran lo que sobrevino. Los sabeos tomaron los bueyes y las asnas y mataron a los siervos a filo de espada. Luego cayó fuego del cielo y consumió las ovejas y los mozos. A continuación los caldeos formaron tres escuadrones y se apoderaron de los camellos, dando también muerte a los trabajadores. Y finalmente un gran viento vino del lado del desierto, dio en las cuatro esquinas de la casa donde estaban los hijos de Job y la derrumbó, aplastando a todos los que estaban adentro.

Conviene detenerse en el segundo mensajero, quien atribuyó directamente a Dios el fuego que destruyó las ovejas y los trabajadores, llamándolo «fuego de Dios». Sin ningún análisis, automáticamente concluyó que ese fuego venía de parte de Dios. Y ese es el primer engaño que el adversario logra ejecutar cuando sobreviene una calamidad: hacernos creer que viene de Dios. La reacción natural es: «Dios, ¿qué hice para que me castigues? ¿Por qué me castigas?» Pero eso es un engaño, y el contexto bíblico lo deja en evidencia desde el principio: quien generó la inquietud para traer calamidad sobre Job fue Satanás. Lo que hizo el Señor fue permitirlo, pero nunca fue su propósito, su intención ni su acción. La reacción de Job contrasta notablemente con la del mensajero. Dice el versículo 20: «Job se levantó, rasgó su manto, trasquiló su cabeza y cayendo en tierra adoró.» No renegó ni se quejó; adoró, y dijo: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo tornaré allá. Jehová dio, Jehová quitó; sea el nombre de Jehová bendito.» El versículo 22 cierra con la declaración más significativa: «En todo esto no pecó Job, ni atribuyó a Dios despropósito alguno», que era exactamente lo que Satanás quería lograr.

Estos versículos constituyen una evidencia contundente de dos verdades: primera, que el mal no viene de Dios; segunda, que el único destructor es Satanás.

La primera conclusión que se impone al evaluar lo ocurrido recientemente en Venezuela es, por tanto, que Dios no mandó el terremoto. Dios no fue a destruir propiedades ni personas. Lo que enseña la Escritura es que Dios lo

ha permitido, pero no fue el autor ni el causante: fue Satanás.

El poder de Satanás sobre los elementos de la naturaleza

El segundo punto que enseña el libro de Job es que Satanás es un ángel poderoso con dominio sobre los elementos de la naturaleza. Lo que muchos atribuyen exclusivamente a causas naturales encierra, detrás de su explicación aparentemente científica, una inteligencia satánica. No se niega que exista una explicación natural; lo que se señala es que esa explicación queda incompleta si no se considera la inteligencia que obra detrás.

Una analogía lo ilustra. Si se lanza una bomba atómica, como las que cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki, es posible explicar toda la destrucción científicamente: la fisión y fusión nuclear, la reacción en cadena, la energía que todo lo consumió. Hay una explicación científica completa de los efectos. Sin embargo, esa explicación es incompleta, porque es necesario añadir que esas bombas cayeron porque hubo inteligencias humanas que conocían el funcionamiento de la energía atómica, las construyeron y las lanzaron. El hecho de que exista una explicación científica del efecto no niega que haya una causa inteligente que lo inició. Pues bien, el libro de Job enseña algo análogo: las guerras tienen una explicación sociológica, pero Job deja en claro que la incursión de los sabeos y los caldeos vino a consecuencia de que Dios le permitió a Satanás actuar. Hoy mismo, la guerra que involucra a Irán, Israel y los Estados Unidos tiene causas que los analistas describen geopolíticamente, pero detrás de esas

causas humanas está la misma inteligencia satánica.

Esto coincide con lo que expone el espíritu de profecía en el capítulo 37 de El Gran Conflicto, titulado «El conflicto inminente», que se ubica en el contexto de los eventos finales. Allí se lee:

«Satanás se deleita en la guerra, que despierta las más viles pasiones del alma y arroja luego a sus víctimas sumidas en el vicio y en la sangre a la eternidad.» Su objetivo consiste en hostigar a las naciones para que se hagan la guerra mutuamente, para cosechar multitudes de almas sin preparación espiritual, acortando así su tiempo de gracia.

Pero la misma cita añade algo que a veces resulta difícil de comprender:

«Satanás obra asimismo por medio de los elementos para cosechar muchedumbres de almas aún no preparadas. Ha estudiado los secretos de los laboratorios de la naturaleza y emplea todo su poder para dirigir los elementos en cuanto Dios se lo permita.» La cita hace referencia al propio caso de Job: cuando se le dejó que afligiera a Job, cuán rápidamente fueron destruidos rebaños, ganado, siervientes, casas e hijos, en una serie de desgracias que fue obra de un momento.

Lo que llamamos «desastres naturales» no son, en consecuencia, tan naturales: son iniciados por una inteligencia. Satanás, que conoce el funcionamiento de la naturaleza infinitamente mejor que cualquier científico humano, ha estudiado los secretos de sus laboratorios y sabe cómo generar lo que aparentemente llamamos desastres naturales.

¿Por qué Dios lo permite? La ley y sus consecuencias

Comprendidos estos dos primeros puntos —que el origen de los desastres es Satanás y que él usa el conocimiento de los secretos de la naturaleza para provocarlos—, se impone la pregunta de por qué Dios los permite.

En el caso de Job, el libro completo responde. Dios lo permitió no porque Job hubiera hecho algo malo personalmente, sino en el contexto del gran conflicto en el que están involucrados no solo los seres humanos sino también los ángeles y los hijos de Dios de otros planetas. Era necesario demostrar, primero, cómo opera el gran conflicto; y segundo, que sí hay hijos de Dios que son fieles, que confían en Él y no están a su lado por interés. Esa había sido la acusación de Satanás: que Job creía en la teología de la prosperidad, que servía a Dios porque Dios lo bendecía. Dios le respondió permitiendo la prueba, para demostrar que Job creía en la justificación por la fe y en el amor divino, no en el favor material. El libro de Job sirve también para poner en evidencia las falsas ideologías existentes entre quienes rodeaban a Job, como la del mensajero que sin análisis atribuyó a Dios el fuego del cielo.

En cuanto a las calamidades que ocurren en la actualidad, la explicación se hace más profunda. El profeta Isaías, en el capítulo 24, entrega una profecía que habla directamente de nuestro tiempo. Los versículos 1 al 6 dicen: «He aquí que Jehová vacía la tierra, la desnuda, la trastorna su faz, hace esparcir a sus moradores... Del todo será vaciada la tierra y enteramente saqueada, porque Jehová ha pronunciado esta palabra... Destruyose,

cayó la tierra, enfermó, cayó el mundo, enfermaron los altos pueblos de la tierra. Y la tierra se infectó bajo sus moradores porque traspasaron las leyes, porque falsearon el derecho, porque rompieron el pacto sempiterno. Por esta causa, la maldición consumió la tierra y sus moradores fueron asolados y se disminuyeron los hombres.»

Esta es una ley de causa y efecto: la tierra se infecta por culpa de quienes moran en ella.

En cuanto a los terremotos, la ciencia ha logrado avances importantes. Con sismógrafos se detectan los movimientos iniciales del suelo; dado que las ondas sísmicas se propagan a menor velocidad que la luz —del mismo modo que una piedra lanzada en un lago tranquilo genera ondas circulares que se expanden hacia la orilla—, es posible anticipar que una onda llegará a determinado lugar y emitir una advertencia previa. Sin embargo, predecir dónde ocurrirá el epicentro —dónde «caerá la piedra»— sigue siendo imposible con todo el avance científico disponible. La Biblia, en cambio, sí establece una relación de causa y efecto: la tierra se infecta por la culpa de sus moradores.

Esto se ilustra desde el Génesis. Cuando Dios creó la tierra era hermosa, sin mancha ni espina. Adán pecó y sobrevino la maldición: «Espinosa y cardos te producirá»; hay un resultado aparentemente natural, pero con una causa espiritual. Cuando Caín pecó, Dios le dijo que la tierra no le daría su fruto dondequiera que viviese; por eso se vio obligado a inventar la ciudad como sistema de subsistencia, ya que no podía trabajar como agricultor: donde sembrara, la tierra no le produciría, y tuvo que inventar un sistema donde él

puudiese comer de lo que otro sembrara. Y en el mundo antediluviano, Dios declaró: «He decidido el fin de toda carne; voy a destruir la tierra por la maldad.» Exactamente lo que establece Isaías 24: la maldición consume la tierra por la culpa de sus moradores, porque traspasaron las leyes, falsearon el derecho y rompieron el pacto sempiterno.

Las compañías de seguros de los Estados Unidos denominan en sus pólizas a los desastres naturales como «Acts of God» —actos de Dios—. Ellos reconocen que hay un elemento sobrenatural en estos eventos. Sin embargo, como los falsos mensajeros que llegaron ante Job, se los atribuyen a Dios. En realidad, la primera causa es el hombre por su desobediencia. El texto que recoge Amós 3:6 apunta en la misma dirección: «¿Habrá algún mal en la ciudad el cual Jehová no haya hecho?», que es justamente lo que pasó con Job.

El Conflicto de los Siglos lo comenta así: «Satanás producirá enfermedades y desastres al punto que ciudades populosas sean reducidas a ruinas y desolación.» Eso es precisamente lo que quedó en La Guaira, Venezuela: ruinas y desolación. ¿Quién es el causante? Satanás. La cita continúa: «Ahora mismo está obrando, ejerce su poder en todos los lugares y bajo mil formas, en las desgracias y calamidades de mar y tierra, en las grandes conflagraciones, en los tremendos huracanes y en las terribles tempestades de granizo, en las inundaciones, en los ciclones, en las mareas extraordinarias y en los terremotos. Destruye las cosechas casi maduras y a ello siguen la hambruna y la angustia. Propaga por el aire emanaciones mefíticas y miles de seres perecen en la pestilencia. Estas plagas

irán menudeando más y más y serán más y más desastrosas. La destrucción caerá sobre hombres y animales. La tierra se pone de luto y se marchita. Desfallece la gente encumbrada de la tierra. La tierra también es profanada bajo sus habitantes porque traspasaron la ley, cambiaron el estatuto y quebrantaron el pacto sempiterno.» Satanás es quien obra todo esto. En este caso, no es como el de Job; aquí la causa está en que los seres humanos que habitan esos lugares han dejado la ley de Dios a un lado.

La protección de Dios y su carácter condicional

Hay una realidad que, por cotidiana, a veces se olvida: es Dios quien protege a sus criaturas y las guarda del poder del destructor. Desde que Adán y Eva pecaron, dice Pablo en Romanos 7, los seres humanos venimos a este mundo «vendidos al pecado». La tierra fue entregada al poder de Satanás cuando Adán pecó, y por eso Satanás tenía acceso a la reunión de los hijos de Dios: ya no como querubín que había sido, sino como supuesto representante de los habitantes de la tierra.

Sin embargo, llegó Jesucristo, el segundo Adán, que protege a sus criaturas y las guarda del destructor. El Salmo 34 declara que el ángel de Jehová acampa alrededor de los que le temen y los defiende.

Esto se ilustra claramente en la historia de Israel en el desierto. El pueblo estaba protegido, aunque no lo percibía. Cuando comenzó a quejarse contra Dios, Él retiró momentáneamente su protección y aparecieron las serpientes ardientes, que empezaron a picarlos y a causarles la muerte. Las serpientes — instrumentos del destructor— estaban

siempre allí, queriendo destruir al pueblo; era Dios quien no lo permitía. Cuando el pueblo se apartó de Él, Dios retiró esa protección especial y el destructor actuó.

Esta protección es condicional, no incondicional. El espíritu de profecía lo señala con claridad: «El mundo cristiano ha manifestado su menosprecio de la ley de Jehová y el Señor hará exactamente lo que declaró que haría: alejará sus bendiciones de la tierra y retirará su cuidado protector de sobre los que se rebelan contra su ley y enseñan y obligan a los demás a hacer lo mismo.» La protección está condicionada a que el ser humano quiera ser guardado y bendecido por Dios, a que decida y se mantenga como hijo de Dios.

El propio Jesús expresó este principio en el último versículo de Mateo 23: «Jerusalén, Jerusalén, ¿cuántas veces quise juntar tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste?» Así como la gallina protege a sus crías bajo las alas, Cristo quería proteger a Jerusalén; pero ellos lo rechazaron. Uno de los enemigos de la gallina y sus polluelos es el águila que viene a arrebatarlos para devorarlos. Con esa figura, Jesús hacía referencia a que vendría el águila que quería consumir a Jerusalén: el águila romana, colocada como «la abominación desoladora» que Mateo 24:15 advierte. La destrucción que vino sobre Jerusalén no fue porque Dios decidiera castigarla; fue porque Dios quería protegerla y ellos no quisieron, quedando a merced del destructor, que estaba esperando cualquier grieta para entrar y destruir. Dios no va a obligar a nadie a ser protegido; el destructor espera esa apertura.

Los Balaam modernos: líderes de la rebelión

Además de Satanás como destructor principal y de la humanidad que vive en desobediencia, existe un tercer factor: hay líderes humanos que se rebelan contra la ley de Dios y enseñan y obligan a los demás a hacer lo mismo. Son los Balaam modernos; son, como señala el Apocalipsis en lenguaje simbólico, los falsos profetas, que corresponden al protestantismo apóstata.

Apocalipsis 2:14 contiene el mensaje a la iglesia de Pérgamo: «Tengo unas pocas cosas contra ti, porque tienes allí a los que tienen la doctrina de Balaam.»

¿Quién era Balaam y cuál era su doctrina? Balaam fue en un tiempo profeta de Dios, pero se dejó llevar por el interés económico y terminó convirtiéndose en un falso profeta. Balac, rey moabita que quería destruir a Israel, lo contrató para que lo maldijera. Israel estaba protegido porque llevaba el arca del pacto y era obediente a Dios; mientras fuese fiel, nadie podía destruirlo. Balac, aunque pagano, lo sabía; por eso recurrió a Balaam. Balaam consultó a Dios, quien le respondió que no. Luego de insistir, Dios finalmente le dijo que fuera, pero que solo pronunciaría lo que Él pusiera en su boca. Balaam fue, motivado principalmente por el dinero prometido. Cuando todo se preparó en los montes para maldecir, Dios tomó a Balaam y sus palabras fueron bendición, no maldición, sobre Israel. Balac quedó sin pagar y Balaam se marchó frustrado, sin el dinero esperado.

Fue entonces cuando Balaam ideó su doctrina. Conociendo las cosas de Dios, comprendió que mientras Israel

estuviese fiel a los mandamientos, Dios lo protegería y el destructor no podría hacer nada. La estrategia, por tanto, no podía ser la maldición directa; tenía que ser la inducción a la desobediencia. Si lograba que Israel desobedeciera la ley, quedaría desprotegido y podría ser destruido. Comunicó este plan a Balac, quien lo contrató nuevamente. Esta vez el plan funcionó: Balac escogió las mejores mujeres de Madián, las envió a invitar a los príncipes de Israel a una fiesta, y allí, mediante su baile sensual, los sedujeron e indujeron a comer de lo sacrificado a los ídolos y a cometer fornicación —exactamente lo que el texto de Apocalipsis 2:14 señala—. Vino entonces la destrucción sobre una parte de Israel, hasta que Moisés intervino, mandó al pueblo que se arrepintiera, castigó a los culpables y detuvo la destrucción total.

Esa es la doctrina de Balaam que opera en nuestros días. Satanás ha contratado a sus Balaam modernos: quienes se rebelan contra los diez mandamientos y enseñan y obligan a los demás a hacer lo mismo. Cuando la gente, por engaño, por obligación o por persuasión, se vuelve rebelde contra Dios, Satanás obtiene dominio completo sobre ella y Dios no la guarda de manera especial.

Dominio del destructor, engaño y destrucción final

El espíritu de profecía confirma: «Satanás ejerce dominio sobre todos aquellos a quienes Dios no guarda en forma especial. Favorecerá y hará prosperar a algunos para obtener sus propios fines, y atraerá desgracia sobre otros.» Al final, quien decide a quién destruye es el destructor mismo, según sus caprichos y sus planes. Aunque dos naciones estén bajo su influjo, puede hacer que una prospere aparentemente

DOMINIO DEL DESTRUCTOR: ENGAÑO Y DESTRUCCIÓN FINAL

Ángeles Reteniendo los Vientos
Apoc. 7:1

El Objeto del Examen y Favoritismo
El Engaño del Favoritismo
Boon vs bad que tienen bakon trabajos fines.

Satanás favorece a algunos para sus propios fines. → Prosperidad Aparente. → Crea la ilusión de bendición divina en uno frente al otro. (Ambos bajo su influjo).

Ángeles Reteniendo los Vientos
Apoc. 7:1

Lo Que No Es el Examen y Juicio
Dos Tipos de Endemoniados
Ilustración: Endemoniado Visible vs. Fariseos Elegantes.

A unos hace revolcarse en el suelo, a otros los hace prosperar aparentemente. → La diferencia es externa, pero ambos están bajo el poder del destructor.

Resultados y Verdadera Fe
Atribución Falsa al Creador de Dios

La gente culpa a Dios por las calamidades. → Afirman: "Dios lo permite" o "Fuego de Dios cayó del cielo". → Distorsión del carácter de Dios (El Dios manda enfermedades).

Resultado: Dios es visto como un verdugo o malévolo. (Foco en sus méritos y justicia, no en la fe).

Quien Puede Participar Falsamente
El Falso Anclaje de la Fe en Obras

Creer que la fe está anclada en una balanza de obras (no en el Salvador crucificado). → Participar con alabanza y gozo santo sin fijarse en méritos personales.

La Destrucción Final y las Llaves
La Destrucción Final es Cuestión de Tiempo

El favor es temporal (OÍI para sus fines). → Cuando ya no sirven, el destructor hace suya la muerte y el infierno. → Tengo las llaves de la muerte y el infierno.

Confesión y Seguridad del Perdón. Acercarse a la mesa con confianza y gozo santo. (Dedicación y gozo de participar sin balanza de obras)

mientras sobre la otra caen calamidades; la gente entonces concluirá que Dios bendice a una y no a la otra, cuando en realidad ambas están bajo el poder del destructor, que las usa para fines distintos.

Esto lo ilustra el contraste entre los endemoniados en tiempos de Jesús. Había un joven endemoniado que se revolcaba en tierra y echaba espuma por la boca; los gadarenos estaban encadenados y su condición era visible. Pero los fariseos estaban igualmente endemoniados, solo que andaban elegantes y exquisitos, sin ninguna señal externa de tormento. A unos aparentemente los hace prosperar y a otros los hace revolcarse en el suelo; pero ambos grupos están bajo el poder del destructor.

Y hay algo más: la misma fuente señala que al mismo tiempo «hará creer a los hombres que es Dios quien los aflige». Exactamente como el siervo de Job que exclamó: «¡Fuego de Dios cayó del cielo!» La gente reacciona como si el destructor no existiera, atribuyendo

todo a Dios. Unos dan gracias y otros se quejan, pero ambos culpan a Dios. Se llega incluso al absurdo de quienes afirman que «Dios no mata» pero que sí manda enfermedades: sería un Dios malévolo y retorcido que tortura pero no da el golpe definitivo. Ese es el Dios en que tales personas creen, y eso es exactamente lo que el destructor quiere que crean, porque así distorsiona el carácter de Dios en la mente de las personas.

¿Por qué, con todo esto, no vemos un caos total en el mundo? En primer lugar, porque hay cuatro ángeles reteniendo los cuatro vientos en los cuatro ángulos de la tierra, sosteniendo las fuerzas destructoras. Y en segundo lugar, porque el propio destructor favorece a algunos según sus propios planes, de modo que no todo se presenta como destrucción visible simultánea.

Cuando el destructor le dice al ser humano «sé libre, haz lo que te da la gana», le promete libertad; pero en realidad busca que esa persona quede

bajo su propio dominio. Al quedar bajo su poder, el destructor hará con ella lo que le plazca: o la hará revolcarse en el suelo o la destruirá en las calamidades. Quizás la favorezca por un tiempo, como a los fariseos; pero tampoco ellos se salvaron cuando vino la destrucción sobre Jerusalén. El destructor favorece temporalmente a quienes le son útiles; pero cuando ya no le sirven a sus propósitos, hará lo que realmente es: destruir. Eso es lo que él es desde el principio.

Resumen y conclusión

El culpable principal es Satanás, el destructor. Hay además un culpable humano: quien vive en desobediencia. Y hay un culpable intermedio: los líderes que enseñan la rebelión y obligan a otros a ella. Detrás de todos ellos está el gran engañador, que miente desde el principio.

Para ejercer su poder de manera más amplia, el destructor necesita que se implante la doctrina de Balaam. Envía a sus mensajeros modernos para que la gente, ya sea por enseñanza, por obligación o por persuasión, se revele contra los mandamientos y quede así bajo su dominio. Todo esto ocurre para que comprendamos lo que está pasando en Venezuela y en el mundo entero —que opera bajo el mismo principio— y entendamos que nuestra única garantía y nuestra única salvación están en Cristo Jesús.

Quizás seamos probados como lo fue Job, sin entender del todo lo que ocurre. Pero a diferencia de los fariseos —prosperidad temporal y destrucción al final—, con Job hubo una prueba temporal seguida de bendición y sobreabundancia, porque así es Dios. Él permite que seamos tentados porque estamos en medio del gran conflicto, pero no nos abandona en la prueba. Así lo ilustran los tres jóvenes hebreos lanzados al horno de fuego: Nabucodonosor lanzó a tres y vio cuatro

dentro del fuego. El Señor Jesucristo bajó a pasar con ellos el fuego.

Así también el Señor está con su pueblo que sufre, como estuvo con Job: atento a él, permitiéndole pasar la prueba pero sin dejarlo solo. Podemos estar atribulados, pero Dios está con nosotros y la tribulación es momentánea. Con el destructor, en cambio, ya sea al principio o al final, vendrá la destrucción.

Apocalipsis 12:10-11 lo declara: «Oí una gran voz en el cielo que decía: Ahora ha venido la salvación y la virtud y el reino de nuestro Dios y el poder de su Cristo, porque el acusador de nuestros hermanos ha sido arrojado, el cual los acusaba delante de nuestro Dios día y noche. Y ellos le han vencido por la sangre del Cordero y por la palabra de su testimonio; y no han amado sus vidas hasta la muerte. ¡Ay de los moradores de la tierra y del mar!, porque el diablo ha descendido a vosotros teniendo gran ira, sabiendo que tiene poco tiempo.»

La ira del destructor se intensifica precisamente porque le queda poco tiempo, y en la medida en que nos acercamos al fin, ese tiempo se acorta aún más. Pero en todo el capítulo 12 de Apocalipsis, a pesar de cada ataque del adversario, la mujer —que representa al pueblo de Dios— no puede ser alcanzada: ya sea llevada al desierto con las alas del águila, ya sea sustentada durante los 1260 días, ya sea porque la tierra se tragó el agua arrojada por la serpiente. En todo el capítulo, el destructor ataca y amenaza, pero no logra alcanzar al pueblo de Dios. Es exactamente lo que ocurrió con Israel cuando fue fiel: vinieron a destruirlo y no pudieron.

Dios no quiere la muerte del que muere. Dios quiere protegernos. Hay tantas y abundantes historias que lo demuestran, y así lo seguirá haciendo. Pero tenemos que escoger al Señor, seguir al Señor y en ningún sentido al destructor.

VESTIMENTA DE LOS NIÑOS

EGW en *The Health Reformer*,

1 de Abril de 1871



La mayoría de nosotros usa suficiente ropa, pero muchos no le dan a cada parte del cuerpo su debida proporción. Estamos de acuerdo con la autora de lo siguiente en que, mientras sobre el pecho y el corazón se colocan más coberturas de las que son realmente necesarias para el calor y la salud, las extremidades no están vestidas de manera adecuada y completa. Si alguna parte del cuerpo debería ser favorecida con coberturas adicionales, deberían ser las extremidades y los pies, que están a una distancia de la gran rueda de la vida, la cual envía la sangre a través del sistema. Las extremidades siempre deberían estar vestidas con una cobertura cálida para protegerlas de las corrientes de aire frío. Los pantalones rectos y forrados, que llegan hasta el empeine del zapato, logran esto. Si los pies se visten con botas o zapatos de buen tamaño, suela gruesa y cálidos, por comodidad más que por moda, se inducirá a la sangre a circular libremente por las extremidades y los pies, así como en otras porciones del cuerpo. Protestaríamos contra las personas que se aprietan los pies para hacerlos parecer pequeños, y que se comprimen la cintura, haciendo imposible que llenen los pulmones con aire puro. Si le damos a los pulmones y a los pies un espacio amplio para hacer el trabajo que

Dios les designó, seremos recompensados con mejor salud y una conciencia más clara.

Encontramos las siguientes sugerencias sensatas en relación con la vestimenta de los niños, en “Charlas a mis pacientes” (Talks to my Patients), por la Sra. Gleason: E. G. W.

Tal es el estilo de vestir para ambos sexos durante sus primeros años, que existe una exposición poco saludable de las extremidades inferiores. Las faldas son cortas y amplias, sobresaliendo de la persona, de modo que ofrecen poca protección por debajo de las caderas; y las extremidades están cubiertas por una sola capa de algodón, fina y delgada, que llega apenas un poco por debajo de la rodilla; y desde allí hasta el tobillo solo una media, a menudo de textura fina. Un hombre o una mujer que saliera al exterior en pleno invierno vestido de esa manera, sería considerado como alguien que “desafía a la muerte”. Cuando la moda sanciona un traje así, incluso para aquellos que todavía están en sus tiernos años, ¿puede soportarse impunemente?. ¿Acaso la terrible mortalidad entre los niños no muestra que hay “algo mal en alguna parte”? ¿Y no podría radicar la culpa en parte aquí?. Los resfriados, las toses, el crup y la inflamación de los pulmones son espantosamente

frecuentes durante la infancia. Estas enfermedades no provienen de la falta de ropa alrededor del pecho; pues allí se usa suficiente y más que suficiente; sino del hecho de que las extremidades no están bien vestidas. La moda provee a los niños varones de un tejido más firme para sus extremidades mucho más temprano que a las niñas; ellas no tienen alternativa hasta que su entrada en la “adolescencia” exija las faldas largas.

Los niños deben estar vestidos con calzones interiores (drawers), así como con vestidos, de un material adecuado para la estación.

Pero me parece escuchar a uno y a otro decir que nuestras señoritas, vestidas así, se verían todas como jóvenes indias (squaws). Bueno, que así sea; sería mucho mejor para ellas, en clima frío, usar franela en lugar de muselina; pues de la lana se puede decir en verdad: “no importa si hace frío y humedad, siempre es cálida y seca”. De este material

tenemos ahora una variedad tal de artículos de diferentes texturas, tonos y colores, que parecería que se podría seleccionar algo adecuado para vestir las extremidades inferiores de las jovencitas y los niños pequeños, en todos los sentidos mejor que la “tela delgada” que usan ahora.

Bien podríamos enviar a nuestras niñas a los vientos del invierno vestidas con vestidos delgados como con calzones interiores delgados. Si se desean los de muselina, entonces se deben usar debajo calzones de lana o de franela de algodón, bajando por el interior de las medias.

Para prevenir la presión de sangre en la cabeza, la congestión de la garganta y los pulmones u otros órganos internos, las extremidades deben mantenerse calientes.

La coherencia en la vestimenta es una joya sumamente preciosa, tanto por su rareza como por su verdadero valor.

CONSEJOS PARA VESTIR A LOS NIÑOS

RESUMEN DEL TEXTO DE E. G. W. Y LA SRA. GLEASON

PRÁCTICA INCORRECTA (MODA)

TORSO SOBRECALENTADO



MÚLTIPLES CAPAS DE ALGODÓN



RIESGO DE ENFERMEDADES

- Resfriados
 - Toses
 - Crup
 - Inflamación de los Pulmones
- ALTA MORTALIDAD INFANTIL



EXTREMIDADES INSUFICIENTES



PIES COMPRIMIDOS

CALZADO APRETADO
RESTRINGE CIRCULACIÓN

LAS EXTREMIDADES DEBEN MANTENERSE TAN CALIENTES COMO EL TORSO PARA EVITAR CONGESTIÓN EN LA CABEZA, GARGANTA Y PULMONES



CUBRIR EXTREMIDADES



ÓRGANOS INTERNOS SANOS

PRÁCTICA RECOMENDADA (SALUD)

CUBIERTA CÁLIDA Y COMPLETA



(Franela/lana)
PANTALONES LARGOS Y RECTOS HASTA EL EMPUNE

PIES VETIDOS

- Bonos sturtiados, caleritos, calados soledaos guessos
- Espacio para mover



PIES BIEN VESTIDOS



Espacio para mover a mover



BENEFICIOS PARA LA SALUD

- ✓ Calzado cómodo y cálido, suelas gruesas
- ✓ Espacio para mover

VESTIMENTA COHERENTE, SALUD DURADERA

EL JUICIO PARA RECIBIR EL REINO

Daniel capítulo 7

John García

El tema de hoy se titula "**El juicio para recibir el reino**" y está basado en el libro de Daniel, capítulo 7, en la segunda línea profética.

En el capítulo 7 del libro de Daniel encontramos una de las profecías más conocidas en el mundo adventista. Allí el Señor le da a Daniel una revelación que complementa la que ya le había dado antes, esta historia profética en la cual, como vimos ayer, se habla de los reinos que vinieron después del reino de Joacim: Babilonia, Medo-Persia, Grecia, Roma y, después de Roma, una segunda fase de Roma, previa al reino de Cristo.

El versículo 1 dice que en el primer año de Belsasar, rey de Babilonia, Daniel vio un sueño y visiones de su cabeza en su cama, y luego escribió el sueño y refirió la suma de los asuntos.

Daniel dice en **el versículo 2**: "Yo veía en mi visión de noche, y he aquí que los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar." Los cuatro vientos del cielo combatían en el mar. El mar representa a los impíos, que no pueden estarse quietos: las naciones, muchedumbres y lenguas. Y los cuatro vientos representan esas operaciones espirituales malignas que operan en los hijos de desobediencia, como dice el apóstol Pablo: el aire, el viento que opera en los hijos de desobediencia y que excita las pasiones humanas.

A partir de esos cuatro vientos que impulsan y sacuden a los impíos, dice **el versículo 3** que cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra, subían del mar. Cuatro bestias, no cinco: así como son cuatro metales y luego, en la quinta parte, después del cuarto metal, sigue siendo el mismo metal cuarto, pero fraccionado, intentando unirse con barro. Aquí también son cuatro bestias nada más, diferentes la una de la otra.

La primera era como león, **dice el versículo 4**, y tenía alas de águila. "Yo estaba mirando hasta que sus alas fueron arrancadas, y fue levantada de la tierra, y se puso enhiesta sobre los pies a manera de hombre, y le fue dado corazón de hombre." Lo primero que encontramos aquí es que las bestias suben del mar, sacudido por los cuatro vientos; es decir, que todas esas revoluciones y combates de los impíos, producidos por los cuatro vientos, dan como resultado el ascenso de cada uno de estos reinos. El primero equivale al oro de Daniel 2, que es Babilonia, pero se simboliza como león con alas de águila por su rapidez. Es interesante que luego se mencione que se le quitan las alas y se pone sobre pie: conocemos la evolución del león hacia un ser humano, que primero se pone de pie a manera de hombre y luego recibe un corazón de hombre. Esto representa,

evidentemente, la conversión de Nabucodonosor.

El versículo 5 nos habla de una segunda bestia, que sería el segundo metal, la plata, correspondiente a Medo-Persia. Se representa como un oso que se pone de un lado, y en su boca tenía tres costillas: tres regiones que conquistó para ascender como imperio mundial. Se le dijo: "Levántate, devora mucha carne", es decir, conquista muchas naciones.

El versículo 6 dice: "Después de esto, yo miraba, y he aquí otra, semejante a un tigre" —según la versión Reina Valera de 1909; la de 1960 dice "leopardo". Esta es la tercera bestia, el tercer reino, que corresponde al tercer metal, el bronce, que sería Grecia. Tenía cuatro alas de ave en sus espaldas, también como símbolo de rapidez, pero se añade que tenía cuatro cabezas, detalle que no está en Daniel 2. Esto es importante señalarlo para cuando lleguemos a Daniel 11, pues debemos tener presentes estos detalles. En Daniel 2 se habla de Grecia solamente como el vientre de bronce, pero en Daniel 7 se añaden detalles de ese mismo reino: se dice que tiene no solo cuatro alas, sino cuatro cabezas, y esto representa que Grecia primero estuvo unida, pero luego, tras la muerte de su rey, el reino se dividió entre cuatro reyes: el norte, el sur, el este y el oeste, los cuatro generales de Alejandro. Esto se explora y se detalla mejor en Daniel 11, pero ya desde Daniel 7 se señalan las cuatro cabezas.

El versículo 7 dice: "Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y he aquí la cuarta bestia, espantosa y terrible." Esta cuarta bestia es un cuarto reino, que corresponde al hierro en Daniel 2, que es Roma. La cuarta bestia es Roma; es espantosa y



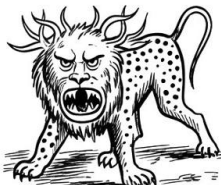
BABILONIA.



MEDIA Y PERSIA.

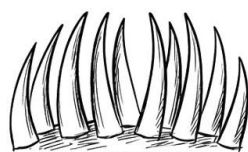
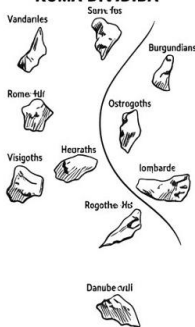


GRECIA.



ROMA PAGANA.

LOS DIEZ REINOS
ROMA DIVIDIDA



DIEZ CUERNOS

TRES CUERNOS QUITADOS



CUERNO PEQUEÑO 538

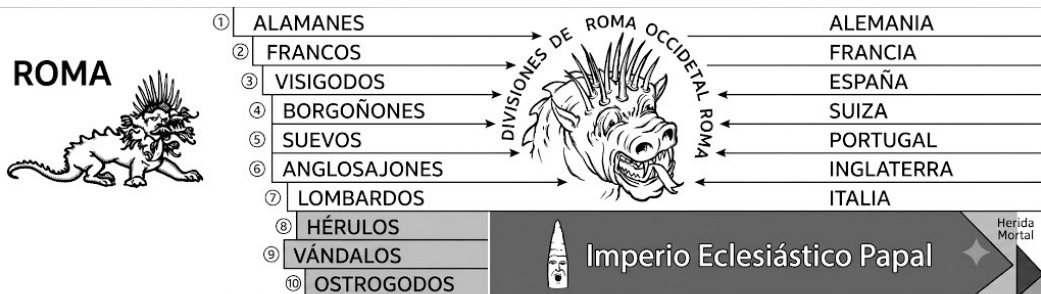
terrible, en gran manera fuerte, y tenía dientes grandes de hierro. Aquí, en la misma visión, se hace una conexión con Daniel: se le dice que tenía dientes de hierro, es decir, se le señala el mismo metal por el cual este cuarto reino se identifica en Daniel 2. Con esos dientes devoraba y desmenuzaba, y hollaba con sus pies las sobras; era muy diferente de todas las bestias que habían existido antes de ella, y tenía diez cuernos. Los

diez cuernos coinciden con los diez dedos de hierro mezclado con barro de la estatua de Daniel 2.

El versículo 8 dice: "Estando yo contemplando los cuernos..." Es decir, los diez cuernos, que ya sabemos que son las diez divisiones del Imperio Romano. Antes de avanzar, conviene mencionar cuáles son: los francos, los alemanes, los visigodos, los vándalos, los hérulos y los ostrogodos —de estos tres últimos veremos en breve que fueron eliminados, arrancados, y no dejaron reino—, además de los hunos, que corresponden a Suecia; los borgoñones, que corresponden a Portugal; los lombardos, a Italia; y los sajones, a Gran Bretaña. Esos son los diez cuernos iniciales. Los francos engendran a Francia, los alemanes engendran a Alemania, los visigodos engendran a España.

Dice el versículo 8 que, mientras él veía los cuernos, estos diez reinos bárbaros, surge entre ellos otro cuerno pequeño. Y para surgir, arranca de raíz a tres de los primeros, que serían los hérulos, los vándalos y los ostrogodos. "He aquí, en este cuerno había ojos como de hombre, y una boca que hablaba grandezas." Es decir, este cuerno sobresale en relación con los otros y, además, tiene otras características que los demás no poseen. "Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos" —según la versión que usemos—, "y se sentó un anciano de

días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono, llama de fuego, y sus ruedas, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el juez se sentó, y los libros fueron abiertos." El anciano es un juez; el juez se sentó y los libros fueron abiertos. En esta visión, nótese cómo se introduce un elemento que no está explícitamente desarrollado en Daniel 2. En Daniel 2 solamente se habla de una piedra que fue cortada de un monte —no lo dijimos ayer, pero lo diremos ahora: ese monte se supone que es el monte de Sion—, y el monte hace referencia entonces al cielo, al santuario celestial. La piedra que es cortada es, evidentemente, Cristo, que viene del santuario; eso es lo que se presenta en Daniel 2. Pero aquí, en Daniel 7, se dan más detalles de todo: no solo de las bestias, sino también de la cuarta bestia y, mucho más, del cuerno pequeño, así como de un elemento que no se menciona directamente en Daniel 2: el juicio. ¿Por qué? Porque aparece un anciano de días que se sienta sobre un trono y se dice que el juez se sentó y los libros se abrieron, es decir, un juez con libros: un juicio. Indudablemente, esto sucede después de la cuarta bestia. Pero hay algo más que mencionar: el cuerno pequeño no es otra bestia aparte. El cuerno pequeño surge dentro de la



cuarta bestia, es decir, la profecía presenta al cuerno pequeño como parte de la cuarta bestia, no como una quinta bestia; no hay quinta bestia. El cuerno pequeño es quien domina a la cuarta bestia cuando surge como tal. La cuarta bestia, primero, es una bestia sola que representa la fase de Roma pagana. La cuarta bestia, cuando salen los diez cuernos, representa a Roma, pero a la Roma dividida, como ya dijimos ayer, en los pedazos de hierro: Roma cuando estaba conquistada por los reinos bárbaros seguía siendo la cuarta bestia. Y luego, cuando llega la fase del cuerno pequeño, sigue siendo la cuarta bestia, sigue siendo Roma, pero ahora bajo el liderazgo del cuerno pequeño. Es decir: Roma sin cuernos, Roma liderada por los diez cuernos y luego Roma liderada por el cuerno pequeño; estas serían las tres fases que encontramos de Roma, la cuarta bestia. Después de esa tercera fase, la del cuerno pequeño, viene el juicio: el Anciano de días se sienta y se abren los libros.

El versículo 11 dice: "Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes palabras que hablaba el cuerno." Es decir, el cuerno hablaba grandes cosas; se le había dado boca. En el versículo 8, la primera vez que aparece el cuerno pequeño, recordemos que tenía ojos como de hombre y una boca que hablaba grandezas. Ese es el cuerno papal.

¿Y qué representa todo

esto? Una vez terminada de leer esta primera parte, corresponde ver la interpretación dada por la misma Biblia, pues la Biblia se interpreta a sí misma. Nosotros no podemos ni debemos pretender interpretar las Escrituras; si alguien se presenta diciendo "yo les voy a dar la interpretación correcta, yo soy quien les va a interpretar correctamente

la Biblia", ya parte mal, porque el principio es que la Biblia se interpreta a sí misma. Nadie más puede interpretarla.

Continuando con el

versículo 11: "Miraba a causa del sonido de las grandes palabras que hablaba el cuerno; miraba hasta que mataron a la bestia." Después de esto, matan a la bestia; su cuerpo fue deshecho y entregado para ser quemado en el fuego. **El versículo 12** añade que también a las otras bestias les había sido quitado su dominio y señorío, y les había sido dada prolongación de vida hasta cierto tiempo.

La visión no termina ahí, pues continúa

el versículo 13: "Miraba yo en la visión de la noche" —se sigue narrando la visión de Daniel—, "y he aquí que con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de días, y le hicieron acercarse delante de él." Todavía continuamos en la visión del juicio. El juez se sentó, los libros se abrieron, dice el versículo 10; pero en los versículos 11 y 12, Daniel quitó su mirada del cielo y la colocó sobre la tierra, porque así transcurre la visión: él ve el mar y ve a las bestias, pero en un momento de esa visión —en el versículo 8— sigue viendo al cuerno pequeño hablando grandes cosas, y luego, en el versículo 9, su visión se traslada al cielo, porque allí estaba el Anciano de días, en cuyos tronos se sienta. En el versículo 9 se describen las características del Anciano de días, con toda la gloria que de él emana; el juez se sienta, y en el versículo 11 vuelve a mirar, pero ahora hacia la tierra: "Yo entonces miraba a causa del sonido de las grandes palabras que hablaba el cuerno." En los versículos 11 y 12 la mirada va hacia la tierra, específicamente hacia el mar, de donde

surgen las bestias. Pero en el versículo 13 vuelve a mirar hacia arriba, hacia las nubes del cielo, y ve que al Anciano de días, de gran edad, llega otro ser: un hijo de hombre. Viene al juicio; el Hijo del Hombre viene al juicio, y sabemos que esto representa que llega el Abogado.

"Y le fue dado dominio, gloria y reino" —dice el versículo 14—, "para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirviesen; su dominio es dominio eterno, que nunca pasará, y su reino uno que no será destruido." Es decir, cuando llega al juicio y transcurre el tiempo, le entregan el reino al Hijo del Hombre, y el Hijo del Hombre, una vez recibido el reino, viene a la tierra a establecerlo. Así termina la visión en el versículo 14, con el establecimiento del reino de Cristo, de Dios por medio de Cristo, en la tierra: lo recibe en el cielo, lo recibe en el juicio y luego viene a instaurarlo en la tierra.

El versículo 15 dice: "Mi espíritu fue turbado dentro de mí, Daniel, en medio de mi cuerpo, y las visiones de mi cabeza me asombraban." En este momento ve todo y se perturba, porque hay muchas cosas que no entiende, lo cual es normal, pues es la primera vez que aparecen estos símbolos. Seguramente había logrado comprender algo en relación con las tres primeras bestias, porque podía relacionarlas con la visión que ya le había sido dada a Nabucodonosor; pero los detalles que no aparecen en Daniel 2 son, probablemente, lo que él no comprende.

En el versículo 16 dice: "Me acerqué a uno de los que asistían, y le pregunté la verdad acerca de todo esto. Y me habló, y me dio a conocer la interpretación de las cosas." Vemos así que la Biblia se interpreta a sí misma: esta es la interpretación que le da uno

de los que asistían, evidentemente un ángel de Dios, quien le explica esa visión y se la resume. Este ángel le hace un resumen sumamente bueno, porque para este tiempo en que vivimos, donde la gente quiere todo rápido y corto, un video de diez segundos que lo explique todo, esto dura menos que eso.

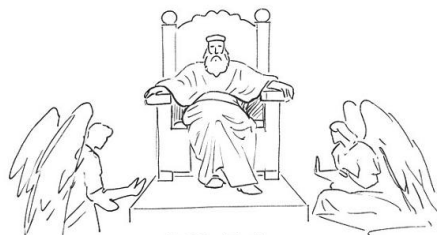
Los versículos 17 y 18 contienen el resumen que da el ángel de todo lo anterior: "Estas cuatro grandes

CUERNO PEQUEÑO 538



ROMA PAPAL. 1798

1260 días



1844



bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra; después tomarán el reino los santos del Altísimo, y poseerán el reino hasta el siglo, eternamente y para siempre." Esa es toda la interpretación. Llama la atención que, como ya hemos señalado, el ángel así lo confirma: no habla de cinco bestias ni de cinco reinos, sino que son cuatro reyes o cuatro reinos. Y después del cuarto reino viene el reino de los santos del Altísimo, así como después del reino de hierro viene la piedra, que es el reino del Altísimo, por los siglos de los siglos. Ese monte que se establece en la tierra —porque la piedra hirió la imagen en los pies, desmenuzó todos los metales y luego, de la piedra, se hizo un gran monte— es el reino. El monte, en la simbología, es el reino, y la piedra es un pedazo de ese monte, del monte del cielo, del monte de Sion: un pedazo del reino de Dios en el cielo que se viene hacia la tierra, se instaura en ella y llena toda la tierra. ***Aquí es lo mismo bajo otra figura: cuatro bestias, cuatro reinos, y después viene el reino de los santos del Altísimo, un reino eterno.***

Daniel confirma lo que estamos diciendo, que él entendió acerca de los tres primeros reinos, porque no pregunta sobre ellos. ***El versículo 19 dice:*** "Entonces tuve deseo de saber la verdad acerca de la cuarta bestia." La primera bestia, sin duda, sabía que era Babilonia; la segunda, Medo-Persia —aunque no conocía el nombre, porque esta visión ocurrió cuando él aún estaba en Babilonia—, de modo que sabía que vendría otro reino después de Babilonia, el reino de plata, y luego un tercer reino de bronce; eso lo sabía sin dudas. Pero quería saber porque no había

comprendido bien la cuarta bestia, y ese es el énfasis de esta visión. Aquí ya no se pregunta más ni se habla más de las bestias anteriores; solo se habla de la cuarta bestia. "Tuve deseo de saber la verdad acerca de la cuarta bestia, que era tan diferente de todas las otras, espantosa en gran manera, que tenía dientes de hierro y uñas de bronce, que devoraba y desmenuzaba, y hollaba con sus pies las sobras." Eso quería saber Daniel.

El versículo 20 añade: "Asimismo acerca de los diez cuernos que tenía en su cabeza, y del otro que le había salido, delante del cual habían caído tres; y de aquel cuerno que tenía ojos, y boca que hablaba grandezas, y parecía más grande que sus compañeros." Este es un detalle no mencionado antes: el cuerno pequeño presumía de ser mayor que sus compañeros, y este detalle es importante porque no había sido señalado anteriormente.

El versículo 21 dice: "Veía yo que este cuerno hacía guerra contra los santos, y los vencía." Esto tampoco había sido mencionado antes. "Hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos poseyeron el reino." Otro detalle: aquí es más específico, pues viene el Anciano de días, se da el juicio, y el juicio es de los santos. Pasa un tiempo —no es inmediato, no es un día ni dos días: "vino el tiempo"— y luego los santos poseen el reino. Este es el detalle importante que Daniel quería saber, esa era su pregunta.

El versículo 23 contiene la explicación, la interpretación inspirada de Dios que da el ángel: "La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra." La bestia, hermanos, para que se lo expliquen a los hermanos evangélicos, no es una computadora; cualquier interpretación diferente de

esta es, realmente, fábula, porque Daniel le preguntó a quien estaba junto a Dios, y este le dio la interpretación. No hay otra interpretación válida. **"La cuarta bestia será un cuarto reino** en la tierra, el cual será diferente de todos los otros reinos, y a toda la tierra devorará, trillará y despedazará." "Y los diez cuernos significan que de aquel reino se levantarán diez reyes." Aquí sí es más específico, porque en Daniel 2 asumimos, suponemos, inferimos que, como se habla de los pies de hierro mezclados con barro y los pies no son diez, son diez reinos; pero, si somos estrictos, explícitamente en Daniel 2 no se dice eso. En Daniel 7, en cambio, sí se afirma de forma clara y tangible: son diez reyes que se levantarán del cuarto reino. **El cuarto reino, que es Roma, se divide en diez reyes, ya mencionados: los diez cuernos, los diez reinos o reyes bárbaros.**

"Y tras ellos se levantará otro" —es decir, tras los diez reyes se levanta otro rey—, "el cual será diferente de los primeros, y a tres reyes derribará." ¿Qué representa esto? Indudablemente, ya lo mencionamos: los hérulos, los vándalos y los ostrogodos. ¿Por qué el cuerno pequeño necesitó arrancar precisamente esos tres cuernos y no los otros? ¿Por qué los otros siete permanecieron y estos tres no? Básicamente, porque los siete cuernos restantes se sometieron a este cuerno pequeño. Ya habíamos mencionado el detalle de que parecía mayor que sus compañeros, y **aquí se confirma en el versículo 24:** "será diferente de los primeros." Este cuerno pequeño pretendió, y se le dio, una supremacía sobre los otros cuernos.

Podemos resumirlo así: **de esos diez cuernos de Roma, siete se**

convierten al catolicismo y tres al arrianismo; es decir, todos se vuelven cristianos, pero unos reyes se vuelven cristianos católicos y otros reyes se vuelven cristianos arrianos. Por tanto, no podía haber un solo cuerno pequeño que dominara a todo el reino de Roma, según lo que dice la profecía, sin antes arrancar estos tres.

¿Qué significa arriano? La diferencia básica entre católicos y arrianos es el concepto acerca de la Trinidad. Los católicos son trinitarios; desde el momento en que surge el catolicismo, surge unida a él esa doctrina, que es su fundamento. Toda iglesia que surge lo hace en torno a una verdad fundamental: los católicos surgen con la Trinidad; los protestantes surgen con la justificación por la fe, que fue lo que principalmente hicieron los luteranos; los bautistas, que son un grupo dentro de los protestantes, se separan del resto porque entienden que no se puede seguir bautizando niños, sino que deben ser adultos, y por eso se les llama bautistas, pues surgen con esa verdad. Y, obviamente, los adventistas también se llaman así porque su primer mensaje fue el advenimiento de Cristo, y luego se añadió el nombre del séptimo día, porque la otra verdad que los diferenció del resto del pueblo fue el sábado. Cada una de las iglesias que han surgido lo ha hecho enfatizando una gran verdad; en el caso de la Iglesia Católica, su fundamento fue un gran error, pero siempre ha tenido un fundamento doctrinal, que en este caso es la Trinidad.

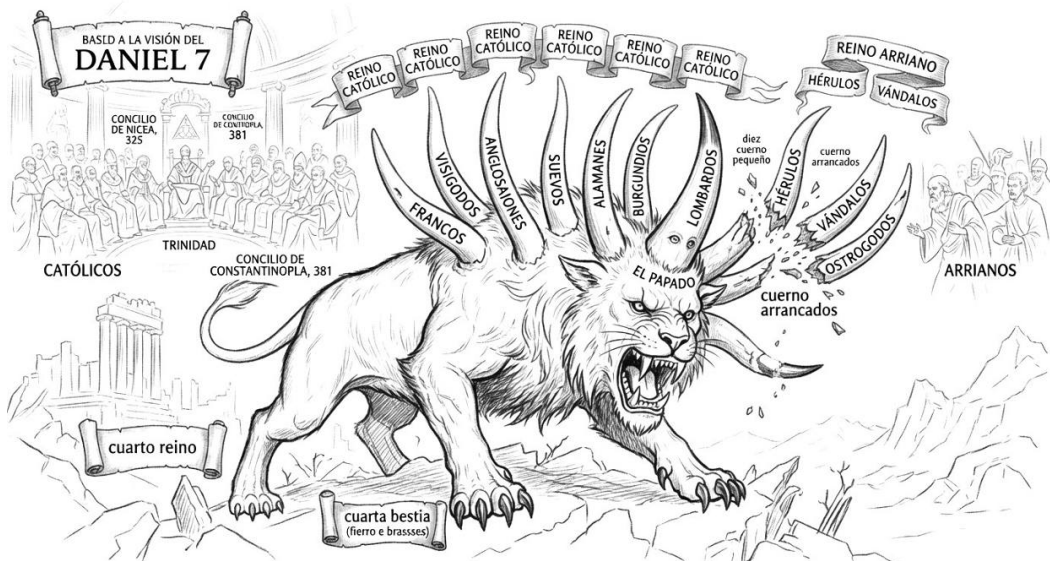
Los arrianos no aceptaron ese concepto trinitario. En la historia sabemos que la Trinidad surge mucho antes de que surja el papado: surge desde el siglo IV. La primera vez que se menciona la palabra "Trinidad" fue en el siglo III o II; ya el concepto se estaba manejando, pero se oficializó plenamente con Constantino, en el año 325, en el Concilio de Nicea, sumado al Concilio de Constantinopla en el año 381. Todavía no había surgido el papado; el papado surge al menos 100 o 200 años después. Allí es justamente cuando se divide la iglesia cristiana entre quienes aceptan la Trinidad y comienzan a llamarse a sí mismos católicos — nombre que ya existía desde el año 110, pero que ahora se oficializa como el de la iglesia oficial con Teodosio, en el año 380— y quienes no la aceptan, que se llamaban arrianos, no se unen y no reciben el nombre de católicos, diferenciándose del catolicismo por esa doctrina.

¿Por qué arrianos? Porque el obispo que defendió la postura de

que no existía la Trinidad se llamaba Arrio de Alejandría. Esto dividió al mundo cristiano en dos: el mundo cristiano que arrojaba al Imperio Romano, la cuarta bestia, quedó separado en dos partes, y cada una realizaba su propia obra evangelística. Los católicos hacían su obra evangelística, y los arrianos hacían la suya, principalmente entre las tribus de los erulos, los vándalos y los ostrogodos; los católicos, entre las demás tribus.

Para el momento en que estamos, Roma ya ha caído y el mundo cristiano está dividido en dos, cada cual con reyes que los apoyaban: siete reinos apoyaban al catolicismo, tres reinos apoyaban al arrianismo. Entonces, para que surgiera el papado como único dominador del mundo cristiano, era necesario que estos tres cuernos fuesen arrancados, y esto se hizo con la ayuda de varios reyes. No los mencionaremos hoy en su totalidad, porque corresponde a mañana la parte relacionada con el paganismo y quiénes fueron los que lo quitaron; pero, en cuanto a estos tres cuernos,

| TRINITARIOS | ARRIANOS |
|---|--|
| Creer en la doctrina de la Trinidad | Creer en Dios Padre, en el Hijo nacido de Dios y en el Espíritu Santo de Dios. |
| Fueron apoyados por 7 de los diez reinos de Daniel 7 | Fueron apoyados por 3 de los diez cuernos de Daniel 7 |
| Creían en la imposición religiosa | Creían en la libertad religiosa |
| Quedaron bajo el control del cuerno pequeño de Daniel 7 | Fueron arrancados por el cuerno pequeño de Daniel 7 |



fueron derribados por los siguientes reyes, todos del Imperio Romano de Oriente. Cabe mencionar que, para el momento de Constantino, el Imperio Romano también se ha dividido políticamente en dos partes: el Imperio Romano de Occidente y el Imperio Romano de Oriente.

¿Quiénes ayudaron a que se quitara el arrianismo?

Primero, los hérulos, que caen en el año 493, quitados por los mismos ostrogodos. En el 534, los vándalos son arrancados por Belisario, emperador del Imperio Romano de Oriente. Y en el 538, el último de los cuernos arrancados es el ostrogodo, derribado por Justiniano, emperador romano de Oriente. Es decir, esa parte del imperio, que también para ese momento se había convertido —pues toda Roma estaba convertida, como ya dijimos—, tenía emperadores que habían heredado

esa porción del Imperio Romano; eran cristianos y se les conocía como ortodoxos o bizantinos. Esos emperadores, Belisario primero y Justiniano después, son quienes ayudan al papado a arrancar estos tres cuernos, porque el papado no tiene por sí mismo un ejército, pero quienes están bajo su dominio, los diez reyes, sí lo tienen.

Estos cuernos son arrancados, derribados, echados. **¿Qué sucede inmediatamente?** El versículo 24 es muy clave: finaliza diciendo que se derriban tres reyes, y el versículo 25 establece que, después de que el último de los tres reyes es derribado, comienza la obra allí descrita. ¿Cuál es esa obra? "Hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará; y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta tiempo, y tiempos, y la mitad de un

tiempo." Es decir, tres tiempos y medio: tres años y medio, y como cada año corresponde a 360 días, día por año, son 1.290 días que se convierten en 1.290 años. ¿A partir de cuándo se comienzan a contar estos años? A partir de que se derriba el tercer reino, el tercer cuerno. Y como ese tercer cuerno, los ostrogodos, fue derribado en el 538, a partir de allí comienza a contarse este periodo, los 1.260 años.

¿Qué harán durante esos

1.260 años? Persiguen a los santos, cambian o pretenden cambiar los tiempos y la ley, y hablan palabras contra Dios. Hablar palabras contra el Altísimo son doctrinas contrarias a la doctrina de Dios; quebrantar a los santos del Altísimo es persecución religiosa; pensar en cambiar los tiempos y la ley supone pretender cambiar la ley de Dios. Esas son las tres cosas mencionadas aquí. Los santos del Altísimo, indudablemente, no son la Iglesia Católica, sino quienes ella persigue; la profecía no deja ambigüedad en este punto: el pueblo de Dios no es la Iglesia Católica, sino los perseguidos por ella. Cambiar los tiempos y la ley corresponde a la obra que realizó el papado al cambiar, o pretender cambiar, la ley de Dios, específicamente en lo referente al tiempo. De los diez mandamientos, solo uno tiene que ver con los tiempos: el cuarto, que habla de trabajar seis días y reposar el séptimo. Los demás mandamientos no hablan de un tiempo consagrado; el único que lo

hace es el cuarto. Por eso se habla de cambiar los tiempos de la ley, el cuarto mandamiento, obra que ya sabemos que realizó el papado, siendo esta su obra fundamental. Y hablar palabras contra el Altísimo tiene que ver con doctrinas blasfemas, contrarias a Dios mismo.

El versículo 26 dice: "Pero el juez se sentará, y le quitarán su dominio." ¿Por cuánto tiempo se le iba a dar el dominio? 1.260 días; es decir, el juez se sienta después de los 1.260 años. Eso es lo que está diciendo el versículo: la visión ya nos ha indicado que el juicio es antes de que venga el reino, pero específicamente, después de los 1.260 años, o después de los tres tiempos y medio, es decir, después de 1798, es que comenzaría el juicio. Esta profecía nos señala el momento, la época en que debía sentarse el juez y quitarle el dominio al poder papal.

¿Con qué objetivo? Con el de que finalmente fuera destruido y arruinado, y con el de que "el reino, y el dominio, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sean dados al pueblo de los santos del Altísimo." El juicio, en este sentido, **conecta el versículo 26 con el 27 en el mismo contexto:** el juicio se establece, el juez se sienta, para que aquel reino, el señorío y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo sean entregados al pueblo de los santos. Jesús le dijo a sus discípulos: "Vosotros que me habéis seguido... os sentaréis sobre doce tronos, juzgando a las doce tribus de Israel." Les está ofreciendo

un reino, y aquí se dice justamente eso: el reino ha sido dado al pueblo de los santos, pero para que ese pueblo se sienta a reinar y a juzgar, ellos mismos deben ser juzgados primero. El juicio es para establecer quiénes serán parte del reino; eso es lo que nos está diciendo el texto.

¿Quiénes serán parte del reino de Dios que pronto se establecerá?

Los que pasen por el juicio y venzan, los que sean vencedores en el juicio.

Esto es trascendental porque esta profecía prácticamente ya se ha cumplido en su totalidad; por eso podemos predicarla con claridad, pues ya tenemos la explicación que dio el ángel, tenemos todo lo que se ha cumplido, tenemos las profecías de Apocalipsis, tenemos el Nuevo Testamento y todos los versículos que hemos citado a lo largo del estudio de hoy, que nos han ayudado a comprender mejor esta visión, versículos que no existían para cuando vivió Daniel. ***¿Por qué? Porque dice el versículo 28:***

"Hasta aquí fue el fin de las palabras. En cuanto a mí, Daniel, mis pensamientos me turbaron en gran manera, y mi rostro se mudó sobre mí; pero guardé el asunto en mi corazón." Quedó preocupado porque muchas cosas no entendía, pues evidentemente no era el momento. Pero nosotros, que vivimos después del tiempo del fin, después de que la luz ha llegado, después de que el libro fue abierto, tenemos esa certeza y tenemos ese mensaje,

porque somos quienes estamos viviendo justamente en el versículo 26 en adelante. Estamos asentados en el versículo 26, esperando la manifestación del versículo 27. ***Esa es nuestra verdad presente, ese es nuestro tiempo.***

Ya han pasado todas las cosas descritas en Daniel 7: ha pasado el león, el oso, el leopardo; ha pasado la cuarta bestia; han pasado los diez cuernos; ha pasado la primera fase del cuerno pequeño. ***¿Por qué digo "primera fase"?*** Porque sabemos que este cuerno pequeño no ha sido finalmente muerto, solo fue herido de muerte, pero no muerto; más aún, su herida mortal será sanada. Y cuando su herida mortal sea sanada, entonces el hierro se volverá a unir con el barro: el cuerno pequeño volverá a establecerse sobre sus diez cuernos, porque los diez cuernos todavía existen. Hoy ya no todos son reinos, aunque algunos sí lo siguen siendo: España sigue siendo un reino, Inglaterra sigue siendo un reino, Suecia y otros países también siguen siendo reinos; algunos son repúblicas, pero básicamente los cuernos siguen existiendo aquí en Europa, y el cuerno pequeño sigue existiendo.

Hoy, los diez cuernos se han convertido en la Unión Europea, y según ya nos dice Apocalipsis, ese cuerno volverá a ser sanado en su poder y volverá a encabezar a los diez cuernos —en realidad, a los siete, porque los que quedaron fueron siete—. El cuerno pequeño volverá a encabezar a los siete cuernos

restantes, que hoy día son Europa, la Unión Europea; el cuerno pequeño volverá a encabezar la Unión Europea. Eso es lo que dice la profecía. Por tanto, tendrá que cumplirse finalmente la palabra que ya hemos leído: que será destruido y arruinado hasta el fin. Pero, mientras tanto, todavía estamos en el tiempo del juicio, en la época del juicio. El texto es muy claro: el juicio es para saber quiénes van a ser parte del reino, del señorío y de la majestad de los reinos debajo de todo el cielo; un reino eterno, un reino que no se corromperá, que no será entregado a otro pueblo,

como ya lo leímos. Ese es el mensaje que tenemos como verdad presente. Indudablemente, Daniel 7, más que cualquier otro texto, nos muestra que si no vencemos en el juicio, no podremos ser parte del reino que pronto se ha de establecer. Que el Señor nos ayude a vencer en el juicio, en el juicio en el cual ya estamos.

DANIEL 7

Bestia = 4taBestia

1) Sin cuernos = **IMPERIO ROMANO**

2) 10 Cuernos = **REINOS BÁRBAROS**

3) Cuerno Pequeño = **REINO PAPAL**

4) **JUICIO DEL ANCIANO DE DÍAS**

5) **Juicio de los vivos**

APOC 12 Y 13 Y 17

DRAGÓN

1) Dragón Sin cuernos = **IMPERIO ROMANO**

2) El Dragón bajo los 10 cuernos

3) La Bestia recibe el reino del Dragón

4) La Bestia es herida de muerte

5) La Herida de muerte fue sanada

5 FASES DE LA BESTIA

Bestia = 4taBestia

1) Sin cuernos = **IMPERIO ROMANO**

2) 10 Cuernos = **REINOS BÁRBAROS**

3) Cuerno Pequeño = **REINO PAPAL**

4) Cuerno Pequeño herido = **REINO PAPAL HERIDO**

5) Cuerno Pequeño Sanado = **REINO PAPAL RESTAURADO**

LA CENA DEL SEÑOR PROFANADA



SAB 27 DE JUNIO DE 2026

11 AM ESPAÑA

Iglesia Sabatista de la Fe de Jesús

Texto de oro: «Y habiendo dado gracias, lo partió y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí.» —1 Corintios 11:24

La situación en la iglesia de Corinto

La primera pregunta de la lección plantea qué existía en la iglesia de Corinto. Primera de Corintios 11:19 responde: «Porque es preciso que entre vosotros haya aún herejías, para que los que son aprobados se manifiesten entre vosotros.» Una herejía es una creencia que se introduce en el seno de los creyentes pretendiendo ser doctrina de parte de Dios, pero que contradice en realidad la enseñanza divina. Esto era lo que prevalecía en la congregación corintia.

Como consecuencia de estas herejías, las reuniones de la iglesia no eran provechosas. El versículo 17 lo deja claro: «no os congregáis para lo mejor, sino para lo peor». Las divisiones que había entre ellos hacían que las

asambleas, en lugar de edificar a la congregación, la dejaran espiritualmente deteriorada.

En medio de semejante confusión, según el versículo 20, les era imposible comer verdaderamente la Cena del Señor: «Cuando os reunís en un mismo lugar, esto no es comer la cena del Señor.» Lo que hacían, aunque pretendiera imitar la Cena, no lo era. Los actos indecorosos que se cometían durante esa supuesta celebración quedan descritos en el versículo 21: «porque al comer, cada uno se adelanta a tomar su propia cena; y uno tiene hambre, y otro se embriaga.» No había ningún orden: unos competían por comer primero, algunos llegaban con mucha hambre y comían con desesperación, y otros se embriagaban. Era, en suma, una comida sin ninguna reverencia ni conciencia del acto sagrado que intentaban celebrar.

El versículo 22 contiene la reprimenda apostólica: «¿Acaso no tenéis casas en que comáis y bebáis? ¿O menospreciáis la iglesia de Dios, y avergonzáis a los

que no tienen nada?» Los corintios hacían sus comilonas en el lugar de culto con la excusa de celebrar la Cena del Señor, dejando migajas, hambre y humillación a los hermanos más pobres. El hambre física debía saciarse en casa, no en la congregación.

Una cita del Manuscrito número 33 resulta pertinente aquí: cuando los miembros del cuerpo de Cristo se reúnen con corazones llenos de orgullo y contención, sus asambleas no traen bendición sino perjuicio espiritual. La solemnidad del servicio se había perdido en Corinto; la discordia impedía participar de los emblemas sagrados con discernimiento espiritual (Revisión General, 19 de julio de 1898, p. 4).

La institución de la Cena del Señor

La sexta pregunta indaga dónde habían recibido los apóstoles lo que transmitieron a los corintios. El versículo 23 responde: «Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan.» Los apóstoles enseñaban a los creyentes sobre la Cena porque ellos mismos la habían recibido directamente del Señor, en el aposento alto, durante la última cena. Allí recibieron las directrices sobre cómo debía celebrarse, qué se debía comer y qué vendría a simbolizar.

En cuanto a lo que Jesús dijo e hizo con el pan aquella noche, los versículos 23 y 24 lo narran: «el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí.» El Señor no establecía un simbolismo abstracto: declaraba que ese pan representaba su cuerpo que sería partido. Poco después, en el

Getsemaní, comenzaron sus sufrimientos físicos. Él entregó su cuerpo como sacrificio, dejando que hicieran con él lo que quisieran, porque estaba dando su vida por la humanidad. Por eso, al decir a sus discípulos «este es mi cuerpo que por vosotros es partido», señalaba hacia lo que ocurriría pocas horas después.

Tras hablarles del pan, Jesús habló también de la copa. El versículo 25 recoge sus palabras: «Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí.» El vino representaba su sangre y sellaba un nuevo pacto. Con ello, el Señor no dejaba nada al azar ni permitía que aquello fuera una comida ordinaria: estaba instituyendo un rito nuevo, cargado de un simbolismo profundo.

La mesa del Señor no es una rutina o tradición humana, sino un encuentro sagrado en el umbral de la eternidad, donde se participa verdaderamente del cuerpo y la sangre del Hijo de Dios. En Corinto, el pecado humano había corrompido lo sagrado: los ricos devoraban los manjares y se embriagaban, dejando solo migajas, hambre y humillación a los hermanos más pobres y a los esclavos.

La copa, el pan y la comunión

El capítulo anterior, 1 Corintios 10:16, ya anticipaba el significado de estos elementos: «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo?» El apóstol venía enseñándoles que ese pan y esa copa representan la comunión con la sangre y el cuerpo de

Cristo, es decir, la unidad que debe existir entre el creyente y su Señor. Por eso la Cena del Señor se denomina también «la comunión»: es el símbolo de esa unidad con Cristo. Sin embargo, esta comunión no puede limitarse al momento del servicio. Comer y beber a Cristo, tal como lo indica Juan 6:63, debe hacerse de manera constante, por medio de su Palabra. La Cena del Señor es, en consecuencia, el símbolo ocasional de un banquete que debe ser permanente en la vida del creyente. Alimentarse del cuerpo de Cristo significa creer en su sacrificio, tener fe en que Jesús entregó su vida por amor para salvarnos. Participar de su sangre significa adherirse al nuevo pacto, creer que con el derramamiento de esa sangre Dios estableció una nueva relación con la humanidad que nos incluye. Esta comunión debe ser diaria; la Santa Cena es solamente el símbolo de lo que ha de ocurrir en la vida cotidiana del creyente.

Un solo pan, un solo cuerpo

Primera de Corintios 10:17 establece la consecuencia de esta realidad: «Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos,

somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel único pan.» Si el pan simboliza el cuerpo de Cristo y la iglesia es también el cuerpo de Cristo, entonces la iglesia es el

pan. Por esta relación transitiva, todos los que verdaderamente participan de la Cena deben constituir un solo cuerpo. No debería existir, por tanto, ninguna división. Primera de Corintios 12:25-27 lo confirma: los miembros del cuerpo deben interesarse unos por otros; lo que afecta a uno —ya sea el dolor o la honra — afecta a todos por igual.

Cabe señalar además que el pan partido en la Cena no se rompe por accidente, sino de manera intencional. Esa acción evoca el desgarrar de la carne del Salvador: el látigo romano, los clavos perforando sus manos, la lanza abriendo su costado. El pan tiene que ser partido deliberadamente para sostener la equivalencia simbólica. La Santa Cena está diseñada para derribar todo prejuicio y barrera. Al alimentarse del único pan celestial, los creyentes testifican que son uno en Cristo Jesús. En el verdadero cuerpo de Cristo no hay lugar para la alienación ni la indiferencia; el sufrimiento de un solo miembro repercute en todo el organismo de la iglesia. Cuando se toma ese pedazo de pan, se sostiene en las manos el memorial visual de que la justicia de Dios demandaba una paga



por el pecado y que el Hijo de Dios estuvo dispuesto a pagarla con su vida (Carta 22, 1898, párr. 5).

Anunciar la muerte del Señor hasta que él venga

Primera de Corintios 11:26 revela el significado pleno de la Cena: «porque todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.» La Cena no solo tiene el simbolismo del cuerpo y la sangre de Cristo, del nuevo pacto y del sacrificio; al comer ese pan y beber ese vino también se anuncia públicamente la muerte del Señor. Se la recuerda, se la proclama ante quienes observan el servicio y, al explicar su simbolismo, se les comunica el evangelio. Esto se hace hasta que él venga por segunda vez.

En Juan 6:53 Jesús mismo declaró: «De cierto, de cierto os digo: Si no coméis la carne del Hijo del Hombre, y bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros.»

Esta afirmación es categórica: es imperativo acercarse y participar de la Cena del Señor. Pero no es el acto externo de la cena lo que otorga vida, sino lo que ese acto simboliza. Participar de la carne de Cristo significa creer y tener fe en su sacrificio; participar de su sangre significa adherirse al nuevo pacto. Al hacerlo así, se obtiene vida.

Gálatas 2:20 añade la dimensión personal de este reconocimiento: «Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí.» Quien reconoce que la carne y la sangre de Cristo fueron partidas y derramadas por él, no solo cree en ese sacrificio, sino que deja de vivir su propia vida para

vivir la de Cristo, por la fe en el Hijo de Dios.

El autoexamen y la participación digna

Primera de Corintios 11:27-28 establece la exigencia del autoexamen previo: «De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor. Por tanto, pruébese cada uno a sí mismo, y coma así del pan, y beba de la copa.» El texto es enfático y claro: el examen es a uno mismo, no a los demás. Nadie ha recibido la facultad de juzgar si otro hermano puede o no participar dignamente en la Cena; ese juicio corresponde únicamente a Dios.

La Cena del Señor es un monumento conmemorativo viviente de la crucifixión que mantiene la cruz fresca ante los ojos de la fe hasta que Cristo regrese en gloria (Revisión General, 31 de mayo de 1898). Al participar de los emblemas, se reconoce que la vieja vida egoísta ha sido sepultada en la cruz y que ahora se depende enteramente de la vida de Cristo impartida en el creyente. El versículo 29 aclara en qué consiste comer y beber indignamente: «Porque el que come y bebe indignamente, sin discernir el cuerpo del Señor, juicio come y bebe para sí mismo.» Se come y se bebe indignamente cuando no se discierne el cuerpo del Señor, cuando no se comprende bien el sacrificio de Cristo y todo lo que él ha hecho por nosotros. Sin embargo, muchos interpretan este pasaje como una prohibición para quienes hayan pecado, lo que llevaría a una conclusión absurda: nadie podría participar, porque no existe nadie libre de pecado. La Escritura misma declara que no hay justo ni aun uno. La

comprensión correcta es otra. El cuerpo de Cristo fue entregado por los pecadores (Romanos 5:6); solo Cristo es digno. Quien participa de la Cena creyendo que él mismo es digno —que está bien y merece participar— es precisamente quien come y bebe indignamente, porque no discierne que el cuerpo del Señor fue entregado como sacrificio por los pecadores. No entiende el objetivo y el simbolismo de la Cena; no comprende que ella existe para tener comunión y participar con fe en el sacrificio de Cristo.

Por el contrario, come y bebe dignamente quien reconoce que no es nada y que Cristo lo es todo, y cree que necesita ese sacrificio para ser salvo. Nadie debe esperar alcanzar la perfección moral para participar de la Cena del Señor; por el contrario, la Cena es una forma de ponerse a cuentas con Dios, de creer en su sacrificio y en lo que él ha hecho por nosotros. Si la mesa del Señor fuera para los dignos, estaría completamente vacía. El único digno es el Cordero.

Esto es coherente con lo que el Señor dijo cuando lo criticaban por sentarse a comer con publicanos y pecadores: «Los sanos no tienen necesidad de médico.» Él no vino a buscar a quienes se sienten dignos; vino a salvar y a buscar a los pecadores. Discernir correctamente el sacrificio de Cristo —para quiénes fue realizado y cómo se accede a él— es la forma de participar dignamente de la Cena del Señor.

El sentido del autoexamen según 2 Corintios 13:5

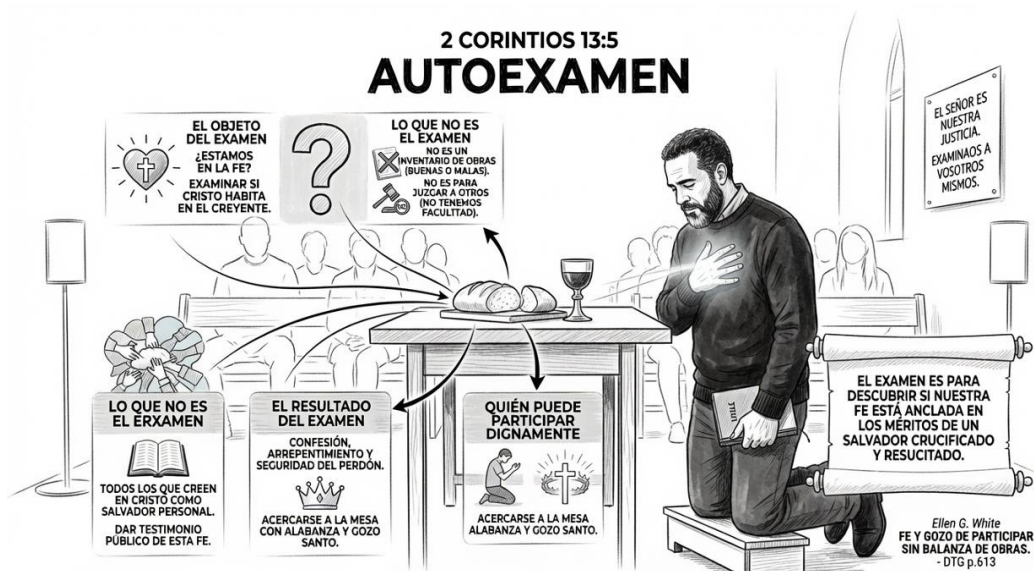
Segunda de Corintios 13:5 especifica el objeto del autoexamen: «Examinaos a vosotros mismos si estáis en la fe; probaos a vosotros mismos. ¿O no os conocéis a vosotros mismos, que

Jesucristo está en vosotros?» Las distintas versiones de este texto dicen lo mismo: hay que examinarse si se está en la fe, si Cristo habita en el creyente.

Lo que hay que examinar no es si se ha sido perfecto ni si se ha cumplido con cada mandamiento. El examen consiste en verificar si se cree en el sacrificio de Cristo, si Cristo está en el corazón, si verdaderamente se tiene fe en él. La nota del folleto lo precisa: el autoexamen «no puede significar que un hombre deba hacer un inventario de sus obras buenas y malas» para determinar si el saldo le permite participar. Asimismo, el Señor no ha abdicado del juicio en favor de ningún hombre; no le ha dado al pastor ni a ningún feligrés la facultad de examinar a otros hermanos para determinar si pueden participar. El Señor no ha constituido al hombre juez de sus propias acciones ni de las ajenas.

Si una persona cree que Cristo es el Salvador de los pecadores y confía en él como su propio Salvador, entonces comerá y beberá dignamente. El examen es uno solo: ¿estamos en la fe? Una cita de El Deseado de todas las gentes (p. 613) lo confirma: nadie debe excluirse de la comunión porque esté presente alguna persona indigna; cada discípulo está llamado a participar públicamente y dar así testimonio de que acepta a Cristo como Salvador personal. Es en estas ocasiones designadas por él mismo cuando Cristo se encuentra con los suyos y los fortalece por su presencia. Corazones y manos indignos pueden administrar el rito, pero Cristo está allí para ministrar a sus hijos. Todos los que vienen con su fe puesta en él serán grandemente bendecidos; quienes descuidan estos momentos de privilegio divino sufrirán una pérdida.

2 CORINTIOS 13:5 AUTOEXAMEN



Solo se es indigno de participar cuando no se entiende el sacrificio de Cristo y no se tiene fe en él ni en su sangre derramada. Tampoco debe nadie excluirse porque haya en la congregación alguien que a sus ojos sea indigno; al hacerlo, se pierden oportunidades valiosas de hacer comunión con el Señor, que es precisamente el propósito de la Cena. Con demasiada frecuencia se propagan creencias no fundamentadas en la Escritura que terminan perjudicando espiritualmente a los creyentes. Debe notarse también que en la última cena estaba presente Judas. Si el Señor considerara inaceptable celebrar la Cena con alguien indigno en la sala, no la habría instituido aquella noche. El examen no es para ver cuán buenos somos, sino para descubrir si nuestra fe está anclada firmemente en los méritos de un Salvador crucificado y resucitado (Carta 105, 1903, párr. 4). Antes del servicio sagrado, conviene examinar el corazón con humildad ante la ley de

Dios, confesar los pecados y arrepentirse con total sinceridad, dejando atrás todo orgullo. No debe acercarse nadie con frialdad: Cristo está presente para sanar y perdonar por su Espíritu. Solo tras recibir la seguridad del perdón divino puede el creyente acercarse a la mesa con alabanza y gozo increíble, discerniendo el cuerpo del Señor para ser fortalecido hacia la victoria. Frente al peligro de la condenación, Dios nos ofrece un lugar en su mesa. No nos dice que nos alejemos; al contrario, nos provee el remedio divino para acercarnos con seguridad, libertad y gozo santo.

El propósito de Cristo y la consumación de la salvación

Primera de Timoteo 1:15 declara el propósito de la encarnación con total precisión: «Palabra fiel y digna de ser recibida de todos es esta: que Cristo

Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores.» Ese fue el único objetivo de su venida. Él no vino por ningún otro motivo; vino para salvar a los pecadores. Y ese es el significado de la Cena del Señor: su cuerpo partido y su sangre derramada; esa muerte que realizó para salvar a todos los pecadores.

La salvación, sin embargo, se completará en el tiempo final. Hebreos 9:28 indica que Cristo, habiendo sido ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos, aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan. Primera de Pedro 1:3-5 habla de una herencia incorruptible, que no puede contaminarse ni marchitarse, conservada en los cielos para los que son guardados por el poder de Dios mediante la fe, para alcanzar la salvación que está preparada para ser manifestada en el tiempo postrero.

Ambos textos apuntan al mismo momento: cuando Jesucristo venga en su segunda aparición, el proceso de la salvación habrá concluido. El que se salvó, se salvó; quien no lo fue, ya no tendrá más oportunidad.

Primera de Corintios 11:26 revela entonces la doble dimensión temporal de la Cena: «porque todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga.» Al participar de la Cena se anuncia la muerte del Señor y, a la vez, se recuerda que este rito debe mantenerse hasta su regreso, pues él prometió no comer de esa cena nuevamente hasta volver por los suyos. La Cena mira hacia atrás, al sacrificio consumado en el Calvario, y mira hacia adelante, a la segunda venida que completará la salvación. La celebración de la Cena del Señor dirige, pues, la

mente al tiempo pasado del sacrificio y al tiempo futuro del regreso glorioso de Cristo.

Conclusión

Es imperativo para todos los que pertenecen a la fe hacer lo posible por participar de la Cena del Señor, realizando el autoexamen que la Escritura ordena: si se cree, si se confía en el Señor, si se tiene fe, si Cristo habita en el corazón; no si se ha pecado, no si el hermano ha pecado, no si alguien es o no digno. Si se ha cometido algún pecado, la Cena es la oportunidad de confesarlo, pedir perdón y acercarse al Señor en busca de gracia, para que esa participación sea vivida con el objetivo con el cual fue instituida: la salvación del pecador.

En Corinto, la Cena del Señor se estaba profanando porque había quienes la veían como una oportunidad para comilonas sin ningún orden ni conciencia de que representaba algo trascendental: el sacrificio de Cristo y la salvación de la humanidad. La actitud correcta ante la Cena es reverente, meditativa y de autoexamen. No debe profanarse ni comerse de ella indignamente. Debe celebrarse recordando el sacrificio de Cristo, meditando en su cuerpo lastimado y en su sangre derramada, y aguardando con esperanza el tiempo en que esa labor iniciada en el Calvario se complete totalmente en la plena restauración y salvación del pueblo de Dios. Que esa sea la actitud al contemplar al Redentor sufriendo en la cruz, entregando su vida como sacrificio por la humanidad perdida.



AntorchaProfetica.site

LA VERDAD PRESENTE

ESTUDIOS BÍBLICOS



¡NUEVO LIBRO!
*Los Estudios Bíblicos de los
Pioneros...*

Ahora en Español

Solicítalo **GRATUITAMENTE**
al +34.650.86.38.11

